

La historiografía literaria hispanoamericana: agenda de problemas para una historia de la literatura nacional

Beatriz González Stephan

Las historias literarias surgen estrechamente ligadas con el nacionalismo político del siglo XIX. De allí que se habilite la relación entre nacionalidad y literatura, que es en sí una relación arbitraria para con el hecho cultural, pero que la misma tradición del pensamiento liberal ha presentado como un fenómeno natural.

Tomamos frecuentemente como entidades de carácter cerrado las diferentes literaturas nacionales, estableciendo una correspondencia — aunque involuntaria— entre las fronteras políticas, el estado nacional y la configuración de esa literatura, sin advertir que los límites de un sistema literario rebasan en muchas oportunidades las circunscripciones que imponen la geografía y las demarcaciones políticas. Hoy en día estas observaciones son comunes: la producción cultural de una etnia puede extenderse en varias naciones (área andina quechua-hablante, zona del Caribe); un sistema literario puede estar conformado por muchas naciones (la literatura *hispanoamericana*); o en un estado-nación coexistir varios sistemas literarios pertenecientes a diferentes pueblos con distintas lenguas (Paraguay, Bolivia, Brasil, Haití y St. Vincent).

La asimilación de literatura/nación —y, por ende, la historia literaria como la historia de la “evolución del espíritu nacional”— fue una operación que sirvió a los intereses de la burguesía europea históricamente triunfante. Así lo apuntaba José Carlos Mariátegui en 1928 cuando hacía su “proceso a la literatura peruana”, donde problematizaba esta concepción por lo poco adecuada que resultara para dar cuenta de su país:

* Capítulo del trabajo *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Premio ensayo Casa de las Américas, 1987.

El florecimiento de las literaturas nacionales coincide, en la historia de Occidente, con la afirmación política de la idea nacional (...) con la revolución liberal y el orden capitalista (...). El ‘nacionalismo’ en la historiografía literaria, es por tanto un fenómeno de la más pura raigambre política, extraño a la concepción estética del arte (...). La nación misma es una abstracción, una alegoría, un mito, que no corresponde a una realidad constante y precisa, científicamente determinable (pp. 234-235).

Afinado el carácter teórico de su planteamiento precisa “que el concepto de literatura nacional no traduce una realidad mensurable e idéntica”. Concebida la historia de la literatura peruana sobre la base de la lengua española como el instrumento en que se halla depositada la nacionalidad literaria era y es a todas luces una quimera:

El dualismo quechua-español del Perú, no resuelto aún, hace de la literatura nacional un caso de excepción que no es posible estudiar con el método válido para las literaturas orgánicamente nacionales, nacidas y crecidas sin la intervención de una conquista (p. 236).

Y es que la idea de nación/literatura, además de ser arbitraria, está forjada sobre un concepto de nación que supuso en su momento la exigencia de una comunidad social, con una tradición histórica constituida, una lengua, una religión, una comunidad de territorio, de vida económica, que se traduce en una comunidad de cultura. Esta

conceptualización unidimensional de la nación se verá traspuesta en un concepto de literatura nacional igualmente homogenizadora: el estado burgués requiere para su consolidación (política y económica) de la imposición de una *lengua común*, de un *pueblo unido* y de una *literatura escrita* en esa única lengua. Así las lenguas regionales (en el caso de los países europeos) y de las etnias no hispanohablantes (en el caso de la América Latina) quedan marginadas o simplemente aparecen como "muertas".

A pesar de que esta concepción del fenómeno literario resulta limitada y limitante, en su momento se ofrecía como la contrapartida renovadora —e históricamente necesaria y fructífera— de la llamada "Literaturgeschichte". Se comprende que la obra literaria es la expresión de la individualidad de un autor, sobre la cual inciden el clima, el medio y la raza, inmersa en una sociedad y en una época determinada. El carácter de la literatura está anclada en una serie de factores contingentes —básicamente sociales/nacionales diversos y momentos históricos diferentes— que no pueden hacer de ella un objeto ahistórico, atemporal y universal: la ruptura con los preceptos neoclásicos eran definitivos.

El auge del historicismo liberal implica que el hecho literario se relativiza. Se proclamó el carácter falso de la normatividad universalizante, que absolutizaba las obras extrapolándolas de su época y de su relación con otros fenómenos sociales. Se proclamó la necesidad de estudiar la literatura en tanto manifestación particular de sociedades concretas. Se habilitó positivamente la diversidad de las culturas porque también con el nuevo sentido empirista se avaló la existencia de diferentes climas, razas, geografías y costumbres que inevitablemente influían en la formación de los productos literarios. El intento de individualizar los pueblos se expresaría en este culto a los nacionalismos.

En consecuencia, interesó establecer la tipicidad de cada una de las literaturas a partir de rasgos impertinentes al hecho estético, porque es a través de ellos que se especificará la nacionalidad de cada pueblo.

Y dentro de este marco también se entendió que el estudio de la literatura desde una perspectiva histórico-genética revelaba el carácter cambiante que podía tener el objeto en cuestión; y que sus modificaciones estaban sometidos de alguna forma a leyes, las cuales fueron comprendidas bajo una concepción evolucionista.

Así, la obra pasa a ser considerada como un documento histórico, mediante la cual el pasado

podía ser restablecido en una cadena de momentos decisivos para fundamentar la profundidad del "espíritu nacional". Para ello, la homologación que se estableció entre lengua y nación condujo a la exhumación de aquellas obras literarias del pasado medieval como origen primigenio de la nacionalidad.

De manera especial, en el contacto de la formación de las naciones europeas la apelación a cierto pasado como período depositario del origen nacional cumplía una función nada inocente. El objetivo prioritario era crear el efecto —aunque artificial— de unidad nacional orgánica. Pero el proyecto de unidad fomentado en el presente se planteaba más bien como la recuperación de una unidad perdida en el esplendor de un pasado desaparecido y la grandeza y heroicidad de los tiempos antiguos. Se hace revivir al pueblo las tradiciones pretéritas como momentos gloriosos de la comunidad. También el mito del "terruño perdido", antiguo estado de perfección en que había existido la unidad aspirada, era la expresión ideologizada que el ala conservadora de la burguesía liberal entregaba para ocultar y canalizar el carácter heterogéneo y conflictivo de las realidades sociales que debían enmarcar los nuevos estados.

De este modo, la Edad Media —sin duda idealizada— sirvió de panacea para cimentar el origen de la lengua nacional, concretada a través de obras literarias (los poemas épicos), que, a la luz de las exigencias del liberalismo, sirvieron para ver en ellas los valores magnificados de una supuesta nacionalidad, que, con el correr de los tiempos, se había degenerado. Luego, los discursos históricos supusieron que los pueblos, individualizados y definidos, eran preexistentes, y de lo que se trataba era de rescatar su identidad.

En particular los alemanes se erigieron en los apóstoles no sólo de la creación del estado nacional— asesorados por las teorías de Hegel— sino de la creación de toda la ideología del nacionalismo decimonónico. No es de extrañar que ante el carácter disperso de sus condiciones materiales fueron los pioneros en la elaboración de un cuerpo teórico que reemplazaba ideológicamente la unidad que difícilmente existía en las formaciones sociales y económicas. De allí que sean precisamente ellos los que hicieron fecundos adelantos en la historia literaria.

Podemos concluir que en Europa el nuevo proyecto político-cultural pudo crear sin mayores contradicciones conceptuales una literatura nacional, que, al servicio de la nación moderna, se

presentaba como una realidad de antigua data. La toma de una conciencia histórica permitió elaborar con ella un objeto susceptible de transformaciones, pero cuya esencia de alguna forma permanecía inalterable. Casi nos atreveríamos a decir que lo que se buscaba con las historias literarias era crear un efecto de historicidad de la cultura nacional, entendida como el soporte de *lo* nacional a través de la unicidad de la lengua. Al revés: el naciente nacionalismo europeo pudo fundamentar el efecto de una profundidad a través del historicismo literario. Por ello, la Edad Media fue representada como un atractivo señuelo y una imagen nada problemática del pasado.

Queda así consustanciada la idea de origen de la nación en el "pasado medieval", porque nace allí la "única lengua" concretada en "obras maestras" que prefijan esa nacionalidad política.

En la América Hispana estas cuestiones tomaron otro cauce; al menos adquirieron un grado de problematicidad que revelaba la dificultad de adoptar mecánicamente los esquemas europeos.

Por varias razones, las historias literarias nacionales en Hispanoamérica surgen en la segunda mitad del siglo XIX cuando la formación de los estados nacionales ya había alcanzado una relativa estabilidad. Hay diversos obstáculos, entre ellos algunos de carácter político y otros de carácter epistemológico, que postergaron estos discursos. Ello no invalida que haya habido una preocupación historicista a lo largo del proceso de constitución de los nacionalismos. Una cosa es el nacimiento de una conciencia nacional criolla y su formalización en ciertos discursos de carácter histórico —ya presentes en el siglo XVIII— y otra es la formalización de las historias nacionales como expresión de otra conciencia histórica una vez constituidos los estados nacionales.

En todo caso, como las naciones en Hispanoamérica fueron instauradas mediante un proceso bélico de larga duración, esto condicionó la reflexión historiográfica. Por ejemplo, aquellos países que no sufrieron los estragos devastadores de las guerras de independencia y donde las estructuras coloniales no se arraigaron con tanta profundidad —en cierto modo Chile y el Río de la Plata— pudieron consolidar más prontamente el estado nacional, lo cual brindó un clima de estabilidad que facilitó esta labor intelectual. Es decir, presentaron condiciones más favorables para el debate intelectual dentro de un clima ideológico antiespañol, que facilitó un horizonte más despejado para la reflexión acerca de una cultura e historia literaria nacionales. Por otra parte la hegemonía que tuvieron las fuerzas conservadoras

durante las primeras décadas coartó, por un lado, el surgimiento de las historias literarias, pero, por otro, estimuló a la intelectualidad más radicalmente liberal a una producción ensayística que trataba de delinear el perfil cultural e histórico de las futuras naciones.

Y es precisamente este vasto y no menos polémico conjunto de artículos que conforman el corpus de la historiografía literaria hispanoamericana del siglo XIX, que, tal vez más crítico frente a lo que debía ser nuestra literatura e historia literaria nacionales, planteaba una serie de aspectos que resultan hoy de suma actualidad, sobre todo porque constituyen una rica veta para alimentar una perspectiva más americanista.

Las dificultades para entregar lo que era la literatura nacional, y, por ende, su historia, estaban en relación con el carácter agresivamente antiespañolista que asumió el proceso de emancipación cultural. Y era lógico. España se identificaba como una tradición ajena al proyecto liberal.

Si la idea de literatura nacional que se manejaba estaba forjada sobre la unidad lingüística, el primer escollo radicaba en la carencia de una diferenciación con el idioma oficial de España, una diferenciación de las literaturas americanas de la española y de las diferentes literaturas nacionales entre sí. Cualquiera de las literaturas *hispanoamericanas* tenía la misma lengua, y además era vista como el legado de una metrópoli que era combatida en todos los niveles. En este sentido, hubo un bloqueo no del todo resuelto en las conocidas polémicas de Bello y Sarmiento, pero que ilustra cuan arduo fue asumir que cualquiera de las literaturas nacionales debía establecerse en la lengua española, y, por lo tanto, también establecer sus vinculaciones con el pasado colonial. Pero esta conciliación no se dio en el primer momento.

Sin embargo, de alguna forma se sintió cierta orfandad en cuanto a no poder poseer una lengua propia que caracterizara por esta vía la literatura nacional.

Otra de las trabas más severas de superar fue la que estuvo relacionada con la fórmula tan propia del liberalismo europeo: a todo estado nacional correspondía una literatura que le diera fisonomía y un pasado que garantizara su existencia. En Hispanoamérica la coherencia y viabilidad de este supuesto del historicismo se vio alterado. Los obstáculos epistemológicos eran insalvables dentro del clima antiespañolista. Si se sostenía que tanto el estado como una cultura nacional devían de un proceso que requería de una acumulación histórica de tradiciones que avalara las raíces

ces de la nacionalidad, en Hispanoamérica tanto el estado como la literatura nacional se definirían como carentes de este proceso. Por lo tanto, peligrosamente vacíos de nacionalidad.

Al tener que negar la Colonia por ser considerada como un pasado ilegítimo para fundamentar en él las raíces de la nacionalidad y de su literatura, se estaba paradójicamente inhabilitando la legitimidad y consistencia de las nuevas naciones. La situación ahonda en una cadena de contradicciones excluyentes:

1. En vista del carácter disgregado de los elementos que integran la nación en Hispanoamérica, el estado necesita reforzar los factores ideológicos a fin de garantizar una unidad aunque artificial.

2. En consecuencia, la institucionalización de una literatura nacional pasa a convertirse en una condición *sine qua non* para establecer la especificidad nacional.

3. Pero la literatura nacional no está constituida, porque, en primer lugar, no se han establecido las obras literarias que puedan servir de puntos de referencia que permitan reconocer una propia tradición nacional; y, segundo, al ser la literatura nacional también el producto acumulativo de períodos pasados, en Hispanoamérica el pasado anterior a la Independencia representaba un legado cultural que no se identificaba con los nuevos proyectos. El pasado colonial era español, y la tradición española no se podía suscribir a la literatura nacional.

4. Una literatura que carecía de pasado y sin un corpus constituido, la posibilidad de una historia era una tautología.

5. La literatura nacional se afirma mediante su negación; es un proyecto hipostasiado, un *desideratum*. Se tenía los contornos de una nacionalidad vacía de tradición cultural y de pasado propios, y que había que llenar en un futuro. El historicismo del liberalismo romántico plantea un rechazo hacia el pasado —y no de su reconstrucción— y un voluntarismo prescriptivo. No en vano la Independencia se vivió en el terreno del pensamiento liberal como una ruptura definitiva con el pasado y con lo español. Todo estaba por construir. Pero al mismo tiempo se vivía en la urgencia de entregar el perfil de las nuevas naciones con una literatura hecha y un pasado que garantizara su estabilidad, su "identidad".

6. Sin documentos literarios, no puede haber literatura; sin pasado reconocido, no puede haber historia; y sin estos discursos, de alguna forma la identidad de los estados nacionales en su primera etapa era susceptible de ser cuestionada.

La búsqueda afirmación de los estados en el plano ideológico sufre una obturación de carácter epistemológico, situación que debilita aún más el proyecto liberal, además de corroborar desafortunadamente la perspectiva europea acerca de la "inmadurez" de América y la naturaleza "nueva" de sus realidades.

Creemos que comprender de este modo el marco en que debieron surgir las historias literarias puede poner en tela de juicio la afirmación, por demás simplista, del atraso de América Latina. Más bien, la postergación de estas formaciones discursivas revela la especificidad de las manifestaciones culturales de nuestro continente.

La historiografía literaria, no sólo de este período sino del siguiente, revelará la calidad de esta problemática.

Pero prontamente, ya en la segunda mitad del siglo, coincidiendo aproximadamente con la conservatización del liberalismo y la liberación del pensamiento conservador, va surgiendo una perspectiva menos caldeada por los ánimos antiespañolistas, que permite el desarrollo de una actitud más serena para el estudio del pasado y encontrar en él el inicio de la vida cultural de los países aunque no de la literatura nacional.

El arraigo, por un lado, del liberalismo económico, y, por otro, la difusión de las teorías del progreso y del evolucionismo, hicieron necesaria la construcción de discursos históricos que ofrecieron la imagen de una historicidad conveniente al efecto progresista buscado por las élites. Hay una conciliación con el pasado colonial; pero, salvando las variables del pensamiento liberal y conservador que pudieron entregar al respecto, se coincidió en que la nación preexistía en ese pasado, y su historia no era otra cosa que el proceso que había vivido por liberarse de la esclavitud que impedía el ser nacional. La racionalidad de los discursos históricos disponen el eje de la causalidad en función de la libertad conquistada con la República.

Tampoco sería justo señalar drásticamente que las historias literarias surgen a raíz de la moderación del pensamiento liberal. Surgen porque también emerge una preocupación por hacer un balance más objetivo de la historia hispanoamericana, y porque sin un mínimo de objetividad positiva la historia como disciplina no hubiera sido factible.

De todas formas, escribir las historias literarias nacionales fue un reto nada simple. Suponía tomar una serie de decisiones y dar respuestas en torno a: qué pasado elegir, dónde establecer el origen, cómo marcar las etapas, qué obras selec-

cionar con base en qué criterios determinar las obras propiamente americanistas.

Ciertamente había una incipiente tradición histórico-literaria anterior al siglo XIX. Pero esos catálogos y bibliotecas, si bien se podían conocer, no dejaban de pertenecer al período de dominación española, o definitivamente —como la obra de Eguiara y Eguren— los modelos que propo-

nían del pasado no se ajustaban a las conveniencias de la oligarquía liberal.

En este renglón de cosas, así como en otros asuntos, el corte epistemológico que se deseaba hacer era radical. Las aguas debían volver a su cauce para viabilizar el florecimiento de las historias literarias nacionales, que se daría en la segunda mitad de la centuria.